

Millares Carlo

FERNANDO CHUECA GOITIA

Don Agustín Millares Carlo es una de esas personas que ponen su vida a una carta, hombres unitarios y de una pieza se trazan desde jóvenes una vida de renuncia y sacrificio para entregarse y consagrarse a una actividad que llene su vida con voluntad firme y consecuente.

El monje o el asceta se entrega a una misión voluntariamente aceptada, que le aleja de los placeres y vanidades del mundo, pero el hombre de ciencia, sobre todo determinados hombres de ciencias, especialmente de ciencias arcanas y difíciles, que generalmente están cerradas, no sólo a hombres corrientes, a eso que se llama el común de los mortales, sino también a hombres cultos y curiosos. Este tipo de hombre de ciencia se acerca en sus renunciaciones y constante dedicación a los ascetas.

Millares Carlo, era de estos hombres dedicados a ciencias arcanas, dentro del campo de la historia, a la paleografía, a la lectura de códices arcanos y palimpsestos difíciles de descifrar.

Buena prueba de ello fue, su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia: los códices visigóticos de la Catedral Toledana, cuestiones cronológicas y de procedencia.

“La elección del tema objeto de este discurso nos hizo vacilar bastante tiempo, nos dice el propio Millares. Algunos problemas de diplomática española y, dentro de esta disciplina, los de cronología aplicada, solicitaban de modo preferente nuestra atención, por haber dedicado a ellos parte no pequeña de nuestra actividad en estos últimos tiempos”. (El discurso se pronunció en Febrero de 1935, un año antes de que estallara nuestra trágica Guerra Civil).

Y sigue diciendo más adelante: “El estudio de los manuscritos de la

Biblioteca Capitular de Toledo, repartidos hoy como se sabe, entre la librería del Cabildo y la Biblioteca Nacional de Madrid; el examen y comparación entre sí de los antiguos inventarios o catálogos de aquella; la determinación de la edad y procedencia de los códices basada en el análisis de su escritura, iluminaciones, ornamentación, notas accesorias, etc; el poner de relieve utilizando en muchos casos documentación inédita en todo o en parte, la intervención tenida por los grandes prelados de los siglos XIII, XIV y XV, en la formación y sucesivos acrecentamientos de la referida biblioteca, eran temas promotores de amplio campo de trabajo e innegable interés.”

En estas palabras introductoras del Discurso, no sólo expone Don Agustín, las dificultades que jalonan su proyecto, sino que a la vez, y como de pasada, nos pone en contacto con cuales fueron los estudios que ocuparon gran parte de su vida y la facultaban para emprender el arduo tema de su Discurso.

Contestó a esta oración académica que, como hemos dicho tuvo lugar en la sede de la Academia de Madrid, calle de León 21, el día 17 de Febrero de 1935, su entrañable amigo e ilustre historiador Don Claudio Sánchez Albornoz, que empezó por decir que “la Providencia ha querido asociar nuestras vidas desde los días, ya lejanos, de la mocedad y desde entonces nos une una amistad inalterable. Nuestros destinos han sido, a partir de aquel momento paralelos, y hoy se cumplen de nuevo los mandatos divinos y Millares viene a sentarse conmigo en estos rojos bancos de la Academia de la Historia. No sería, ay!, por mucho tiempo, porque esa misma historia, de la que los dos eran maestros, poniendo en pugna discordias patricidas despertó una cruel Guerra Civil que había de separarlos por muchísimos años.

Sánchez Albornoz pudo recibir en la Academia a Millares y contestar a su amigo entrañable porque el acto tuvo lugar en 1935; cuando malos presagios anunciaban nuestra catástrofe. Un año después ya no hubiera podido hacerlo. Los malos pasos de la República de la que Albornoz fue ministro de Estado en 1933, y la enconada guerra se lo hubieran impedido. Cuando se reanudaron las sesiones de la Academia, Claudio Sánchez Albornoz ya había emigrado a la Argentina en la que pasó toda su vida (1940-1983), para volver a morir en Avila en 1984. Para entonces Millares, ya había muerto en su Patria, en su tierra natal las Palmas de Gran Canaria en 1980.

Tanto Sánchez Albornoz como Millares Carlo, fueron hombres longevos y estrictamente coetáneos. Sánchez Albornoz nació en Madrid en 1893, y murió en Avila en 1984. Millares nació en las Palmas de Gran Canaria en 1893 (el mismo año que Sánchez Albornoz) y murió en el mismo lugar en 1980.

La cronología les une, la historia de su país les separa. Millares tiene también su época de profesor exiliado en Venezuela y México. Pero regresa antes a España, sus compromisos políticos son de menor cuantía. Él es un historiador puro. El propio Sánchez Albornoz había dicho con verdadero acierto; “que

no ha sido la historia para el placentero adulterio, sino matrimonio con sacramento. Se ha dado a ella por entero, desde su temprana juventud. Sus horas todas han transcurrido íntegras entre la investigación del pretérito de España y su enseñanza. Es el hombre de ciencia que siente desde mozo el aldabonazo de la vocación, se prepara sin regateos para cumplir el fin que se ha trazado y lo llena con éxito, renovando toda una rama de los estudios históricos con su labor de muchos años”.

¿No pronunciaría estas palabras Sánchez Albornoz con un deje de amargura? ¿No se sentiría impuro por aquellos años en que ya estaba contaminado por la política?

Como historiadores, los dos amigos no eran tampoco lo mismo. Albornoz es un historiador polemista, que estudia la historia de España, para que las tesis que él sostiene sobre lo que considera la esencia fundamental de su país prevalezcan. Las defiende con ardor y énfasis, a veces rayana en la acritud. Recuérdese la polémica entre Albornoz y Américo Castro.

Millares es un historiador constructivista. Como constructor acumula materiales, los descubre, los selecciona, los estudia, los clasifica, los interpreta, para que otros puedan usarlos y que la historia avance. Uno es un combatiente castellano, otro es un paciente ordenador que, con calma y paciencia, pero con verdadera constancia, conquista tesoros.

Uno es, repitámoslo, un castellano de la veta bravía, el otro un canario ligeramente soñador, con esa dulzura melancólica que tienen los isleños, pero también con esa tenacidad dentro de la parsimonia.

Yo, ingresé en la Academia de la Historia el año 1965. No recuerdo bien si Millares había vuelto de sus periplos americanos. Ni cuantos años pudimos convivir en el seno de la Academia. Mi primer contacto con Don Agustín tuvo lugar en el famoso crucero por el Mediterráneo del año 1933. Él figuraba en el viaje como docto profesor y yo como joven estudiante. Entre mis vagos recuerdos figura el respeto que emanaba de su figura como hombre mayor, respetable y respetado, de aventajada estatura, modales armoniosos y corteses, pocas palabras, nunca doctorales y siempre benévolas, amistosas, cordiales.

En suma, un hombre con un señorío innato y una bondad congénita, uno de esos hombres que ponen su vida a una carta, la ciencia, y su virtud a un ejercicio, la bondad.